

CÂMARA MUNICIPAL DE LISBOA

ALOCUÇÃO PROFERIDA POR
D. ENRIQUE TIerno GALVÁN,
ALCALDE DE MADRID, NO ACTO
DA ENTREGA DA MEDALHA DE
HONRA DA CIDADE DE LISBOA
E DA IMPOSIÇÃO DAS INSÍGNIAS
DA GRÃ-CRUZ DA ORDEM
MILITAR DE CRISTO

PAÇOS DO CONCELHO — 27 DE JUNHO DE 1985

69/141818

FM 5516



**LIVRARIA
MUNICIPAL**

Av. da República, 21-A
Tel. 353 05 22 - Fax. 315 94 69
livraria.municipal@cm-lisboa.pt

ALOCUÇÃO PROFERIDA POR D. ENRIQUE
TIERNO GALVÁN, ALCALDE DE MADRID,
NO ACTO DA ENTREGA DA MEDALHA
DE HONRA DA CIDADE DE LISBOA E DA
IMPOSIÇÃO DAS INSÍGNIAS DA GRÃ-CRUZ
DA ORDEM MILITAR DE CRISTO

PAÇOS DO CONCELHO — 27 DE JUNHO DE 1985

ALOCUÇÃO PROFERIDA POR D. ENRIQUE
TIERRA GALVÁN, ALCALDE DE MADRID,
NO ACTO DA ENTREGA DA MEDALHA
DE HONRA DA CIDADANIA DE LISBOA E DA
IMPOSIÇÃO DAS INSÍGNIAS DA GRUPO
DA ORDEM MILITAR DE CRISTO

FAZEM DO CONCELHO--II DE JORDÃO DE 1941



Excelentísimo señor Presidente de Gobierno,
Excelentísimo señor Presidente de la Camara Municipal de Lisboa,
Autoridades,
Señores Alcaldes presentes y Concejales del Ayuntamiento de
Lisboa,
Señoras y Señores:

Permítanme que les dé las gracias. Sin duda, gracias hermosas. Yo estoy acostumbrado a reprimir mis emociones en otras circunstancias. Pero no obstante, ahora no puedo remediarlo y estoy muy emocionado, emocionado por la calidad de la distinción que me hacen y por provenir ésta de dos instancias de un pueblo al que quiero entrañablemente. Aprendí a querer a Portugal leyendo a los autores del 98 español; leyendo después su historia; y estoy absolutamente convencido de que no somos dos pueblos vecinos. Somos dos pueblos hermanos, y esta hermandad tiene que manifestarse de una forma explícita y práctica.

Durante las dos paralelas dictaduras, las relaciones entre Portugal y España fueron extremadamente artificiosas, carecían de autenticidad. Por eso, al producirse en los dos países el cambio y llegar la democracia, pensé — pensamos — que las relaciones entre nuestros pueblos tenían que inyectarse de verdad, tenían que ser relaciones auténticamente profundas, humanas, de cariño, de comprensión y de mútuo reconocimiento.

En el entonces Alcalde de Lisboa, encontré una magnífica acogida. Y con el Alcalde posterior, el actual Alcalde-Presidente de Lisboa, no sólo he encontrado facilidades y acogida, sino una colaboración cordial, una colaboración de corazón, y un deseo explícito de que aumentasen y se profundizaran las relaciones entre las dos capitales, como camino para que los dos pueblos se conozcan mejor. En este sentido hemos progresado y creo que, al mismo tiempo, los Estados han concurrido en la idea y también se están aproximando.

Pero que se aproximen los Estados, no es lo que más nos importa. Lo que más nos importa es que se aproximen los pueblos, pues había cierto desconocimiento y cierta ignorancia mutua. La ignorancia es la oscuridad y el conocimiento es la luz. Cuando hay luz del conocimiento, todo es fácil. Pero cuando la ignorancia pone su paño opaco ante los ojos, nace el dogmatismo, nacen los prejuicios e incluso los fascismos. De ahí que fuera necesario iluminar nuestros pueblos y eso lo tenían que hacer principalmente las ciudades.

Hablaba yo entonces a menudo con el señor Presidente del Gobierno portugués y ambos teníamos la misma idea. Incluso llegamos a firmar un acuerdo de hermanamiento y colaboración entre los dos partidos que significaba el común propósito de resistencia a la dictadura, por hacer que viniese la luz, porque se desprendiera la oscuridad de nuestros ojos y viésemos todo más claro.

Com les decía, parece que hemos avanzado. La corriente turística española hacia Portugal, cada vez mayor, ha generado una admiración grande hacia este país, hacia sus bellezas naturales y hacia sus pobladores. Los españoles que vienen aquí, se han encontrado con gente sencilla, acogedora y fundamentalmente educada; con esa educación, la buena crianza, la educación profunda que tiene el portugués del pueblo; una educación delicada y exquisita que vuestro pueblo posee ancestralmente y que a los españoles nos hace sentir cada día mayor admiración y un cariño intenso hacia Portugal. De modo que hablamos ya con naturalidad de los pueblos ibéricos y actuamos ya en ocasiones conjuntamente.

El señor Alcalde de Lisboa se ha referido a la Unión de Ciudades Capitales Iberoamericanas, fecunda unión que creamos con su colaboración, hace unos dos años y medio.

Es realmente fecundísima esta unión que nos ha permitido estrechar las relaciones con los pueblos iberoamericanos y no sólo en Madrid, por razones ya conocidas, sino también en Portugal. Portugal, concretamente la ciudad de Lisboa, está ahora presente, con voz propia, en las reuniones de los países iberoamericanos.

Y con tal predominio, que en la segunda y muy reciente Asamblea de Alcaldes de capitales iberoamericanas, ofrecimos la vicepresidencia de esta asociación al señor Alcalde de la ciudad de Lisboa.

Quiere esto decir que estamos ya trabajando en común en un proyecto que nos parece de una veracidad y de una fecundidad inextinguible. Es la idea fundamental que tantas veces hemos repetido de que las ciudades tienen su propio ámbito de desarrollo, de comunicación y de entendimiento. Es, en resumen, lo que podríamos llamar «nuestra teoría» sobre la razón de la ciudad que se diferencia claramente de la razón de Estado.

El Estado tiene razones de Estado y muchas veces se encuentra sin recursos porque la razón de Estado se complica. Los Estados están sujetos a querellas y tensiones en las que la razón del Estado — que es la razón del poder — predomina y se impone.

Las ciudades tienen en cambio la razón de la vida, la razón de la paz, y ésta no es razón que tenga contactos ni relaciones profundas con el poder propiamente dicho.

El poder tiende a devorarse a sí mismo; el poder aísla; pone algodones en los oídos para que no oigamos la voz popular, sino solamente aquéllo que queremos entender. Pero la razón de la ciudad, es la razón de la paz y del entendimiento. Y por eso la Unión iberoamericana de ciudades capitales ha redactado un documento que es la Carta Universal de los Derechos del Vecino, del ciudadano en la ciudad. Carta que se fundamenta en una ciudad abierta, que admite a todo aquél que llega a ella; en una ciudad que no tiene fronteras y en la que toda persona puede y debe considerarse ciudadano de esa ciudad. Proponemos que, al cabo de poco tiempo, los foráneos, los visitantes, puedan votar en la ciudad, que tengan derecho a todas las seguridades y servicios que la ciudad ofrece y que se les entregue de inmediato una carta de vecindad para que, de ese modo, sientan la ciudad como propia.

Partiendo de estas ideas y con la colaboración de todos los Alcaldes, — al igual que hicimos ya en el ámbito de la Federación Mundial de Ciudades Unidas — estamos aumentando la red de

relaciones entre ciudades, las estamos haciendo cada vez más estrechas, más profundas, más auténticas. Y de ese modo, estamos defendiendo la paz y ayudando a conquistarla. En aquéllo en que los Estados, — por razones del poder —, nada o poco pueden hacer, las ciudades lo hacemos.

En los últimos veinte años — en los últimos diez años para los pueblos ibéricos —, la ciudad ha renacido con una enorme fuerza. Y estamos convencidos de que la ciudad es, al fin y al cabo y en cuanto expresión de la paz, el futuro de Europa, el futuro del mundo. Cuando Europa esté integrada, cuando se llegue a un estado unitario y plural como órgano de poder exterior, lo que predominará en el Norte de Europa no serán propiamente los Estados, los cuales tendrán funciones superiores relativas a la marcha de los asuntos públicos generales. Predominarán las ciudades, quienes llevan la administración directa y cuidan de los negocios públicos y de los servicios a los ciudadanos.

Es una utopía si ustedes quieren, pero de utopías vivimos. Sin motor utópico poco podríamos hacer y las utopías tienen también su lado práctico porque nos permiten ir avanzando.

Me anunciaba el señor Alcalde de Lisboa que, dentro de muy poco tiempo, se creará la Asociación Afro-Luso-Americana y hablábamos de integrarla, más adelante, en la Unión de Capitales Iberoamericanas.

Recogemos así las ciudades un ámbito territorial enorme que no tiene ambiciones bélicas, que no se constituye en ningún bloque de agresión, sino que es y será cada día más un bloque de paz y de solidaridad, capaz de atender a aquéllos de sus miembros más necesitados. Lo mismo que ahora hemos convocado en Madrid la conferencia sobre el hambre en el mundo, — a la que vamos a dar una dimensión práctica para socorrer materialmente a los pueblos hambrientos — habrá nuevas Conferencias y nuevos encuentros que aúnen más la voluntad de éste enorme territorio ibero-afro-americano. De manera que vamos avanzando por este camino y encontrando también a veces el reconocimiento de los

Estados: tenemos testimonios de Presidentes de Gobierno que nos agradecen lo que las ciudades están haciendo por la paz, por la concordia, por el buen entendimiento.

Porque la ciudad no tiene limitaciones. En España, hemos recibido a ciudadanos, a representantes de municipios y a Alcaldes de países con los cuales no tenemos relaciones diplomáticas, y los hemos tratado como si tales relaciones existieran.

Las ciudades no tenemos límites en sentido moral, pues razón de la ciudad es la Paz y también la moral universal, la ética, los principios universales de la ética que estamos defendiendo

Hay en Europa, y en general en el mundo, una evidente negligencia que va vinculada a cierta irresponsabilidad. Se ha mitificado por ejemplo el fin de semana, de modo que parece como si sólo viviésemos para el descanso y el goce. Es como si deseáramos que el fin de semana fuese la semana entera, y estamos haciendo realmente concesiones excesivas a la indolencia. La ciudad está procurando luchar contra esa indolencia, esa dejadez, esa indiferencia que hace que cada cual se encierre en su ámbito doméstico y solamente salga de él para cumplir una función profesional; pero con el deseo de volver cuando antes a ése ámbito privado y, al amparo de su familia, sentirse distante de los demás, procurando el propio goce y placer dentro de las posibilidades que las democracias permiten.

Debemos en cambio desear ser lo que somos, seres humanos. El hombre es un hombre para el hombre y rechazamos que sea un lobo para el hombre. Y ser hombre para el hombre, significa ser lo que somos a través de una larga civilización, una civilización que nos ha permitido darnos normas que debemos respetar y darnos derechos. La ciudad está luchando también por eso, por hacer que los hombres seamos seres humanos, hombres para los hombres, porque seamos respetuosos y tolerantes, ajenos al fascismo, ciudadanos del mundo, de una ciudad universal que estamos construyendo, poco a poco, entre todos los Alcaldes y vecinos del mundo.

Las dos ciudades de que hablaba San Agustín pero que, en este caso, sería una sólo la ciudad, la ciudad de la paz, la ciudad que progresa; en contraposición al Estado del poder que la ciudad rechaza y que no siente como propio.

Estamos llegando así a todos los ámbitos. Aún hay algunos que se nos cierran y que son vestigios apoyados en la almohada de un nacionalismo fanático, que no entiende del nacionalismo propiamente entendido el cual ha sido cuna y semilla de la universalidad. Queramos el nacionalismo y queramos llamarnos nación, pero ese amor a nuestra nación debe ser la plataforma desde la cual podamos amar a la universalidad de los hombres y ponernos a su servicio.

Por fortuna, el concepto y la realidad de la Nación se separan cada vez más del concepto y la realidad del Estado. La Nación tiene aspiraciones que no coinciden con las del Estado y éste tiene obligaciones que no coinciden con la Nación.

Las naciones, los pueblos, en resumen, lo que expresan los pueblos en la ciudad, es la paz y el entendimiento, razones que no coinciden fundamentalmente con ciertas tendencias de los Estados que, si no buscan la guerra, al menos no tienen valor suficiente para rechazarla. Hay en este sentido terribles contradicciones. Somos pacíficos en casa, pero muchos trabajan en laboratorios que están produciendo armas mortales. Es decir, una doble moral, contradictoria y angustiosa.

Pues bien, en Portugal y en la ciudad de Lisboa, en aquellos tiempos a que antes aludía, cuando hablábamos con el señor Presidente del Gobierno en calidad de conspiradores, estábamos de verdad defendiendo el imperio de la ética, el imperio de la moral.

Ahora lo hacemos en las ciudades, como ejemplo o consejo, como advertencia y a veces admonición al Estado, para que siga por el mismo camino, porque si la humanidad no se destruye, será la ciudad la que imponga la ética en el mundo.

Yo acepto y agradezco de corazón estas dos condecoraciones que son dos condecoraciones de paz. Una es testimonio de paz y amor, porque es de la ciudad y nace del corazón de los amigos. La otra es una Orden del Estado que lleva nada menos que la

advocación del nombre de Cristo. Es pues una Orden de paz, ya que Cristo es símbolo del amor y de la paz. En este sentido, les estoy profundamente agradecido, como Presidente y Alcalde de la ciudad de Madrid y como persona que, de un modo u otro, está desde hace cuarenta años en la lucha por la democracia. Así se lo agradezco de todo corazón al señor Presidente de Gobierno y a la comunidad Municipal de Lisboa.

Y esto es lo que debe servirnos a los españoles, a los madrileños, de testimonio del amor de Lisboa, del amor del pueblo portugués, del impulso al que yo espero de algún modo poder corresponder, y no sólo con mi cariño, para que también sepamos acercar nuestro impulso a la ciudad de Lisboa — que ya tiene mucho — a fin de que siga por el camino que ha emprendido de solidaridad y fraternidad entre las ciudades y entre los pueblos.

Personalmente, sé que no merezco estas condecoraciones, pero como Alcalde de Madrid las acepto y se lo agradezco de todo corazón. Muchas gracias.

Enrique Tierno Galván

27 de junio de 1985



*Composto e impresso
na Imprensa Municipal de Lisboa*

Ayuntamiento de Madrid

Imprenta de la Real Academia de Ciencias y Letras
de la Universidad de Madrid

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



Ayuntamiento de Madrid
1200009412

